

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA CUARESMA DEL 2001  
«LA FUERZA DEL AMOR FRENTE AL ODIO»

*Catedral de La Habana, 4 de abril del 2001*

La cruz de Cristo nos descubre la fuerza del amor frente al odio.

Ya se acerca la fiesta de la Pascua para la cual nos hemos ido preparando durante toda esta Cuaresma. Muchos han estado presentes cada miércoles en estas conferencias. Muchos participaron del retiro de la comunidad el pasado domingo y se abre paso entre nosotros una verdad que cada año debe iluminar nuestras mentes y caldear nuestros corazones: *la cruz de Cristo es el triunfo del Redentor sobre el mal* y es por eso su glorificación y nuestra fiesta, porque por la Cruz se abrieron para nosotros las puertas que nos hacen pasar de este mundo al Padre.

Hoy, ya más cercana la fiesta de la Pascua, debemos mirar hacia la motivación profunda que impulsaba a Jesús a su acto de sacrificio supremo: *el amor*. La fiesta de la Pascua es el triunfo total y definitivo del amor.

Todo lo que Dios ha obrado lo ha hecho por amor. La creación es un acto de amor de Dios... y vio que todo era bueno. Podemos decir que toda la Biblia es un canto del amor de Dios a los hombres y una espera paciente por parte de Dios de que los hombres le retornen ese amor.

Pero existe también en nuestro mundo, a veces no fuera de nosotros totalmente, el odio. El odio es un movimiento de la capacidad apetitiva del ser humano que lo pone en un estado de violenta aversión contra una persona o un objeto cualquiera. El odio no es como el miedo, que tiende a alejarnos de aquello que tememos, el odio pretende una acción positiva contra aquello que desprecia, es decir, lo propio del odio es tener como objeto primario el deseo del mal del otro. De este modo se opone directamente al amor, que, como dice Santo Tomás, es el deseo del bien del otro.

La psicología considera el odio como una aversión originada por una mala disposición interna y, en su forma más violenta, como una aversión originada por la oposición entre el instinto de muerte y el instinto de conservación (Sigmund Freud).

El odio se diferencia del simple rencor o de la antipatía, porque uno u otra no lleva consigo la violencia ni busca necesariamente el deseo del mal del otro, se puede, de hecho, sentir repugnancia en tratar a una persona sin que por eso se le desee el mal.

Debo hacer una consideración hispánica y propiamente cubana de las palabras *amor* y *odio*. Al menos entre los cubanos, amor es una palabra que tiene una carga muy fuerte e igualmente odio. En la literatura norteamericana, como en los filmes de ese país, ustedes habrán tenido, como yo, la experiencia de ver que se dice con más facilidad te amo o te odio que lo que es común en nuestra lengua, en nuestra cultura cubana. A veces, en un filme norteamericano vemos a un niño al cual su madre reprende y este le dice: I hate you (te odio). No se acude con tanta facilidad en el español empleado en Cuba al verbo odiar, porque lo consideramos siempre muy fuerte y tenemos conciencia de que el odio incluye el deseo de mal al otro.

De otro lado, el uso de la palabra querer entre nosotros está muy extendido y se habla de un amigo, de una vecina, de un antiguo compañero de estudio, a quien «yo quiero mucho». Amar lo reservamos para los grandes amores de la vida: el amor de la esposa y del esposo, el amor de madre, el amor de padre, el amor a Dios, y ese amor al prójimo que sabemos que viene del mandato divino.

Podemos concluir de esta pequeña reflexión que nosotros en Cuba tomamos en serio el odio y el amor, de forma que es frecuente que a la pregunta que uno hace a una persona que siente aversión

hacia otra: ¿Lo odias?, la respuesta normalmente sea: –no, yo no le deseo ningún mal. Esto quiere decir que el cubano capta exactamente bien la profundidad y la seriedad del sentimiento de odio como del sentimiento de amor.

El origen natural del odio debe buscarse, generalmente, en la envidia o en el celo por el bien de otro. La envidia hace parecer a quien la padece que el bien del prójimo es un mal para él, porque le quita algo: prestigio, simpatías, posibilidades sociales, etc. Esto primero le produce tristeza y esa tristeza puede llevarlo al odio. Del mismo modo que tenemos tendencia a amar aquello que nos agrada, hay una tendencia a odiar aquello que nos desagradan, por eso no es bueno dejarse llevar por los sentimientos de antipatía: «me cae mal», «no lo soporto», porque pueden llevarnos más lejos.

Cuando el odio alcanza el máximo de la malicia es llamado odio diabólico. Puede darse el odio aun contra Dios. Hemos dicho que Dios es la misma bondad, pero hay quien no capta esa bondad de Dios, porque en su vida ha habido penas muy hondas, dificultades que marcaron su existencia o la de seres muy queridos y puede llegarse por este camino no solo a la blasfemia, sino a la enemistad con Dios, a llegar a odiar la misma existencia de Dios. Esto se diferencia del ateísmo, que es simplemente la actitud de aquella persona que no cree que exista Dios o que, ante realidades desconcertantes o inexplicables en su vida o en la historia, niega que pueda haber un Dios.

En momentos de grandes convulsiones políticas y sociales, como la Revolución Francesa, la Revolución Española y la Guerra Civil, como la Revolución Rusa y en menor grado durante el proceso de los comienzos de la Revolución Cubana, cuando una mayoría del pueblo se siente creyente, antes de que aparezca un tipo de ateísmo más calculado e ilustrado, aparece ese cierto odio de Dios o de lo sagrado o de los templos o de todo lo que tiene que ver con la religión, si se siente que la fe religiosa puede impedir los grandes objetivos que se propone un movimiento revolucionario determinado.

Y en esas circunstancias puede verse en forma súbita y, a veces, desenfrenada el odio de Dios: miles de sacerdotes, religiosas, seminaristas, obispos fueron martirizados en España, miles y miles de monjes, monjas, sacerdotes, seminaristas también sufrieron el martirio en Rusia, y cuántos también religiosos, religiosas, sacerdotes, llevados a la guillotina durante la Revolución Francesa y, en esas revoluciones, templos quemados y obras de arte preciosas totalmente arruinadas por el fuego o destruidas.

A veces pensamos que psicológicamente el odio ciega. Y nadie se atrevería a juzgar la responsabilidad completa de muchos de los que intervienen en esas acciones. Pero el misterio del mal en esos momentos parece que actúa y hay acciones incomprensibles que solo encontrarían explicación en lo que pudiéramos llamar el odio de Dios.

Existe también el odio al prójimo. Puede ser un odio personal, un odio de familias, de grupos humanos. Puede atizarse el odio de clases entre ricos y pobres, entre ignorantes y personas cultivadas, entre una raza y otra, entre una nación y otra. Y también puede darse el odio a sí mismo que consiste en el desprecio que una persona se profesa por situaciones psicológicas en las cuales se ve sumergido a causa de males propios o infligidos por otro que lo hacen considerarse un ser despreciable. Esta situación puede llevar al suicidio. Estos tres odios: a Dios, al prójimo y a sí mismo aparecen rechazados en la Biblia como graves pecados.

El Antiguo Testamento, en el Libro del Éxodo, al revelarnos los mandamientos de Dios, pone como primer mandamiento y fundamental *el amor a Dios sobre todas las cosas*.

En la primera carta de San Juan (4, 20) leemos que: «*quien dice que ama a Dios y odia a su hermano es un mentiroso*». Y el mismo San Juan afirmará en su primera carta: «*Quien vive en el odio es un homicida*» (Jn 3, 15).

Con respecto a sus discípulos, Jesús dirá que tendrán que padecer el odio del mundo: «*Yo les he dado a ustedes tu palabra, Padre, y el mundo los ha odiado porque ellos no son del mundo, como yo no soy del mundo*» (Jn 17, 14). De este odio que los cristianos recibiríamos del mundo hemos estado advertidos de antemano: *seremos odiados como el mismo Cristo ha sido odiado*. Pero debemos tener cuidado, los cristianos podemos provocar el desprecio, la aversión y, a veces, el odio de los hombres, precisamente no por guardar la palabra de Cristo, no por vivir como cristianos, sino por vivir olvidados de su Evangelio.

En su lecho de muerte, un sacerdote de 85 años, al cual visitaba por última o por penúltima vez, me decía con profunda sabiduría: «*Hay tres fuerzas que mueven al mundo: la envidia, la ambición y el amor*». Yo creo que esas fuerzas donde se mezclan el mal y el bien no están solamente distribuidas por sectores de la sociedad, porque esta no sería una consideración realista, están presentes en nuestro propio corazón. Y agregó aquel experimentado y buen pastor de almas: «*Si se quita el amor, solo quedan la ambición y la envidia*». Mi reflexión inmediata al dejar la habitación de aquel buen sacerdote fue: *solo puede quedar el amor, todo lo demás hay que quitarlo*. Y a esto vino Jesús. Y para esto estamos nosotros sacerdotes en el mundo, para que solo el amor sea la fuerza que mueva la tierra. Para eso, Cristo subió al madero de la Cruz, para vencer el odio con el amor. Y esa es la tarea de todos los que integran la Iglesia de cara a nuestro mundo tan necesitado de amor.

Ciertamente, el amor es una realidad divina: ¡Dios es amor! El ser humano recibe como una chispa de este fuego celestial y alcanza de verdad el objetivo de su existencia si consigue que no se apague nunca la llama de su amor. El amor es un elemento primario de la vida, el aspecto dominante que caracteriza a Dios y al hombre. La Biblia es un cántico del amor de Dios a sus criaturas, en los Libros Sapienciales el amor aparece como fuente de felicidad: «*Más vale una ración de verdura con amor que buey cebado con odio*» (Pr 15, 17).

Es verdad que puede haber amores egoístas, amor de esposo o de esposa egoísta, amor de padre o de madre con respecto a sus hijos marcado por el egoísmo. Es verdad que puede haber amores malos, pecaminosos, y en la Sagrada Escritura aparecen algunos de ellos: el amor de David por Betsabé. Hay amores simplemente eróticos, que llevan al sabio de Israel a exhortar, sobre todo al hombre, a evitar los riesgos de caer en esos vicios; pero la Biblia reserva un primer plano para el amor dentro de la familia: Entre ellos aparece el noviazgo como tiempo de amor, marcado por el despuntar de este sentimiento y por la apertura del corazón a la persona amada. Por ejemplo, en el corazón de Jacob se encendió un fuerte y grande amor a Raquel y para poder casarse con ella se puso al servicio del padre de ella durante siete años «que le parecieron unos días», pues tan grande era el amor que le tenía (Gn 29, 17-20). Los sabios de Israel exhortan a amar profunda e intensamente a la propia mujer para ser feliz: «goza de la vida con la mujer que amas» (Qo 9, 9). Y dice el Libro de los Proverbios: «¿Por qué, hijo mío, desear a una extraña y abrazar el seno de una desconocida?» (Pr 5, 18-20). Y la Sagrada Escritura está también llena de ejemplos de amor de los padres a los hijos.

Podemos decir que la Biblia, además de ser el canto del amor de Dios por sus criaturas, es también un canto al amor humano: al amor de los novios, de los esposos, de los hijos, de los amigos. Basta leer los pasajes de la profunda amistad de David y Jonathan para darnos cuenta de que el amor humano nos es revelado por Dios en la Biblia como el camino para que el ser humano se realice y sea feliz. Si la Biblia nos presenta de manera tan amplia y significativa el amor humano, en ella tenemos sobre todo un llamado al corazón del hombre para que ame a su Dios.

Quien viene a tocar particularmente a nuestra puerta para que le abramos, para poder entrar y estar con nosotros es Jesús de Nazaret. Él es el enviado por Dios Padre para hacernos saber cuánto Dios nos ama.

Jesús invitó a los discípulos a una vida de amor fuerte y concreto, semejante a su propia vida, Jesús supo cultivar la amistad con sus discípulos y en la noche antes de padecer, en su última cena, les dice: «*Les doy un mandamiento nuevo, que se amen unos a otros como yo los he amado... en*

*esto reconocerán todos que ustedes son mis discípulos, en que se aman unos a otros» (Jn 13, 34).* Este es el mandamiento nuevo, pues nunca se había exigido nada así antes de la venida de Jesucristo, que les está pidiendo que se quieran hasta el don de la vida como lo hará Él pocas horas después de aquella cena. Por eso, San Juan en su primera carta se hace eco de la enseñanza de Cristo: *«Este es el mensaje que han oído desde el principio, que nos amemos los unos a los otros» (1 Jn 3, 11).* Pero solo el Espíritu Santo puede hacer que se obtenga la victoria sobre el egoísmo y que triunfe el amor. Efectivamente, *«el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rm 5, 5).*

El cristiano para vivir en el amor debe dejarse llevar por el Espíritu Santo y mirar continuamente a Cristo, porque Él con su persona y su obra es la revelación plena del amor del Padre al mundo: *«Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo Único» (Jn 3, 16).* San Pablo declara que el signo supremo del amor de Dios para con nosotros pecadores, se encuentra en la muerte de Cristo en la cruz: *«Dios mostró su amor para con nosotros en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rm 5, 8).* El padre nos ha amado tanto que no se reservó a su Hijo, sino que lo entregó en sacrificio por todos nosotros. Cristo crucificado, sabiduría de Dios, es, por lo tanto, la concreción total y perfecta del amor que el padre tiene a su Iglesia. El hijo de Dios amó a todos los hombres y murió para salvar a todos, pero tiene un amor único, un amor de esposo por su Iglesia, su esposa, formada por todos aquellos que acogen su palabra. Leemos en el evangelio de Juan: *«antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo que le había llegado la hora... Jesús, que había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (13, 1).* San Pablo lo relata así en su Carta a los Efesios: *«Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, a fin de santificarla por medio del agua del bautismo y de la palabra» (5, 25).*

Ninguna adversidad ni ninguna fuerza enemiga podrán separar a la Iglesia del amor de su esposo: *«¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?... Pero en todas estas cosas salimos triunfadores por medio de aquel que nos amó» (Rm 8, 35 al 37).*

Este amor tan ardiente y tan fuerte del Señor Jesús, concretado en el sacrificio de la cruz, es la fuerza dinámica, la gran energía de la vida de la comunidad cristiana: *«Porque el amor de Cristo nos apremia, pensando que, si uno murió por todos, todos murieron con Él y murió por todos para que los que viven no vivan para sí, sino para quien murió y resucitó por ellos» (2 Co 5, 14 s).*

«Apenas se puede encontrar un hombre capaz de dar la vida por otro hombre bueno, pero lo grande del amor de Dios por nosotros es que, siendo pecadores, Cristo dio su vida para salvarnos», nos dice San Pablo en su Carta a los Romanos.

La Cruz desvanece todo lo que no sea amor; delante de la Cruz de Cristo, los gritos de odio de sus verdugos se vuelven alaridos salvajes y sus gestos, muecas macabras. El rostro horrible del odio queda al descubierto ante la paciencia y la dignidad de Aquel que nos ama hasta el extremo. Y el *«perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen»* desarma la maquinaria del odio, produce la conversión del buen ladrón y hace que el centurión romano sea el primero en proclamar al mundo la buena noticia que lo salva: *«En verdad, este es Hijo de Dios».*

Por eso, en el sermón de la montaña, Jesús había dejado a sus seguidores, y a la multitud de hombres y mujeres que vendrían después hasta el fin del mundo, un código difícil y desconcertante que era el desglose de su mandamiento nuevo: *«amen a sus enemigos, recen por quienes los persiguen, porque si ustedes aman a los que los aman, ¿qué mérito tienen?... al que te pide la túnica dale también el manto, al que te solicita para que camines una milla con él, camina dos, al que te pegue en una mejilla preséntale la otra»...* Para vivir este amor de locos es necesario haberse rendido ante la locura de la Cruz. Solo de rodillas ante ella descubrimos lo absurdo del odio, la distancia abismal que lo separa del amor, que lo derrota siempre bajando las armas, rompiendo su cadena de venganza por medio del perdón, declarándolo ajeno y extraño en nuestro mundo nuevo donde el amor es la única fuerza que mueve nuestra vida.

En la próxima fiesta de la Pascua celebremos con un corazón renovado el triunfo definitivo del amor sobre el odio y sobre todo mal.